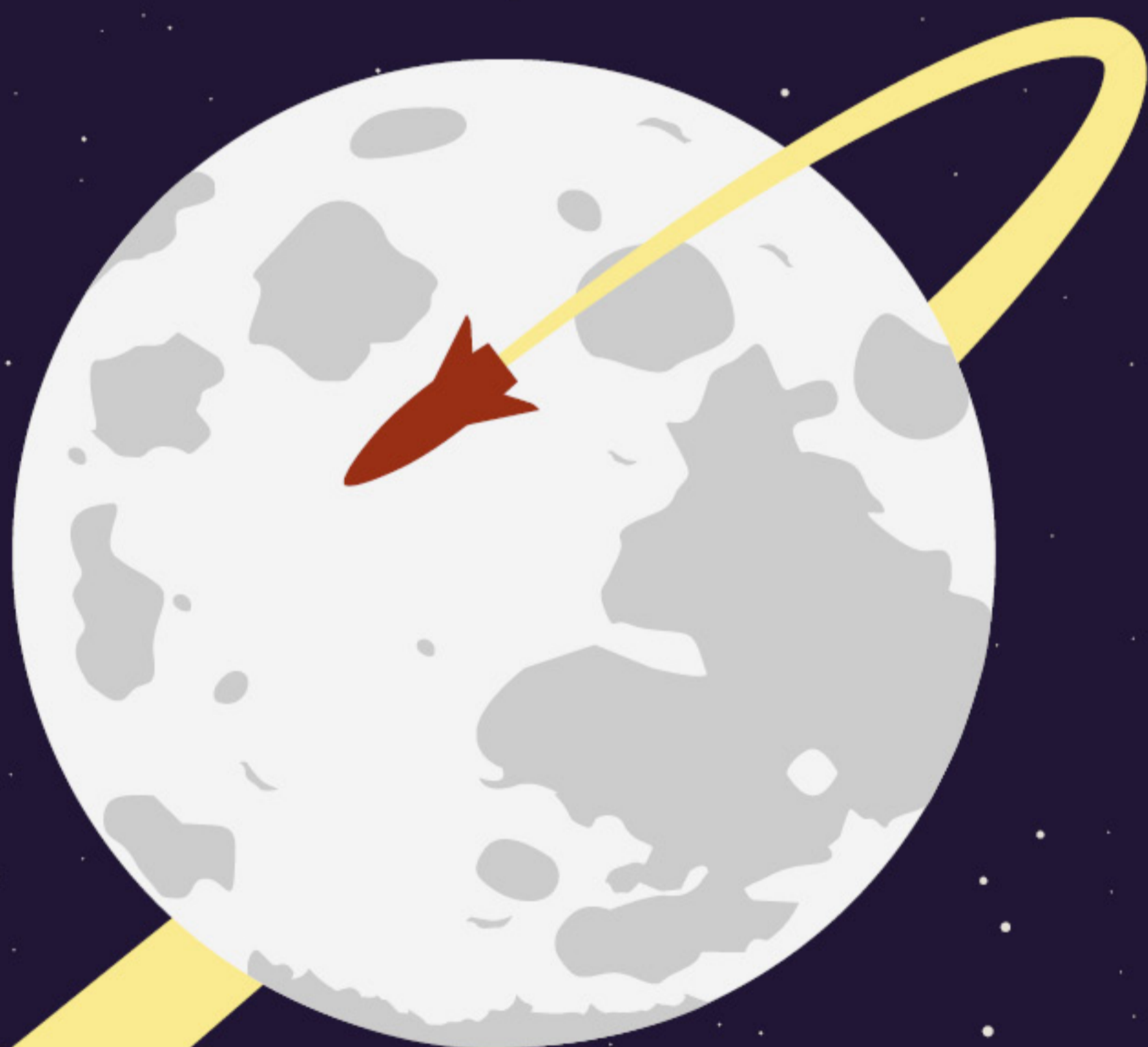


Stanisław Lem

**VOLVER
DE LAS ESTRELLAS**

— Línea C —



INTERZONA

VOLVER DE LAS ESTRELLAS



Stanisław Lem

VOLVER DE LAS ESTRELLAS



Traducción del polaco de Bárbara Gill Żmichowska

INTERZONA

INTERZONA

línea C

Lem, Stanislaw

Volver de las estrellas / Stanislaw Lem. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2025.

288 p. ; 21 x 13 cm. - (Línea C)

Traducción de: Bárbara Gill Zmichowska.

ISBN 978-987-790-121-4

1. Novelas. 2. Ciencia Ficción. 3. Literatura Polaca. I. Gill Zmichowska,

Bárbara, trad. II. Título.

CDD 891.853

Volver de las estrellas fue publicado por primera vez en Polonia en 1961.

© Tomasz Lem, 2016

www.lem.pl

© interZona editora, 2025

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Título original: *Powrót z Gwiazd*

Coordinación editorial: Fernando Ozón

Traducción: Bárbara Gill Zmichowska

Corrección: Mónica Campos

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Vectores de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-790-121-4

INSTYTUT KSIĄŻKI



© POLAND

Esta publicación ha sido subsidiada por Instytut Książki

© POLAND programa de traducciones.

Impreso en India. *Printed in India*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

I

No tenía nada, ni siquiera un sobretodo. Me decían que no me haría falta. Me permitieron llevar mi pulóver negro. Peleé para que me dejaran la camisa. Dije que me iría adaptando de a poco. En el corredor, parados bajo el casco de la nave, empujados por los otros pasajeros, Abs me tendió la mano con una sonrisa cómplice:

—Con cuidado...

Lo recordaba. No le trituré los dedos. Yo estaba muy calmado. Él quiso decir algo más. Se lo ahorré dándome vuelta, como si no me hubiera dado cuenta, y subí al interior por los escalones. La azafata me condujo entre las filas de butacas hacia adelante. No había querido un compartimento separado. Pensé si se lo habían advertido. La butaca se extendió silenciosamente. Acomodó el respaldo, me sonrió y se fue. Me senté. Los almohadones abismalmente blandos, como en todos lados. Los respaldos tan altos que apenas podía ver a los otros pasajeros. El colorido de la ropa de las mujeres ya no me chocaba, pero seguía sospechando de los varones, insensatamente, de que se disfrazaban, y seguía teniendo una pequeña esperanza de ver a algunos vestidos normalmente —un reflejo lamentable—. Se sentaban apurados, nadie tenía equipaje. Ni un maletín o paquetito. Tampoco las mujeres. Me pareció que eran mayoría. Delante de mí: dos mulatas con abrigoito papagayo, con las plumitas paradas, por lo visto la pajarería estaba de moda. Más allá había un matrimonio con un niño. Después de ver los chillones selenóforos de los andenes y túneles, después de la insoportablemente llamativa vegetación autoluminosa de las calles,

la luz del techo cóncavo era casi nada. Puse las manos sobre las rodillas, parecían incomodarme. Todos ya estaban sentados en ocho filas de butacas grises, brisa de pino, silencio de conversaciones que van apagándose. Esperaba el anuncio del despegue, alguna señal, la orden de abrochar los cinturones, pero no sucedió nada de eso. Por el techo mate comenzaron a correr unas sombras borrosas, de adelante hacia atrás, como las siluetas de pájaros recortados en papel. “Caramba –pensé con impotencia–, con esos pájaros. ¿Significarán algo?”. Estaba endurecido por el exceso de atención, para no hacer algo inadecuado. Desde hacía cuatro días. Desde el primer momento. Siempre me quedaba atrás de todo lo que iba sucediendo y seguía tratando de comprender cualquier intercambio de palabras; cualquier situación transformaba esa tensión en una sensación horriblemente parecida a la desesperación. Estaba convencido de que los otros sentirían lo mismo, pero no lo expresábamos, ni siquiera cuando estábamos solos. Solo se bromeaba sobre nuestro aguante, sobre ese exceso de fuerzas que nos había quedado, por otra parte, de verdad había que estar alerta –al principio, queriendo levantarme, saltaba hasta el techo, y cada cosa que tomaba con la mano me parecía de papel, vacía–. Pero rápidamente había aprendido a controlar mi cuerpo. Al saludar ya no le trituraba la mano a nadie. Era sencillo. Por desgracia, era lo menos importante.

Mi vecino de la izquierda, corpulento, de ojos demasiado brillantes (quizá por unos lentes de contacto), de pronto desapareció, porque su butaca se había agrandado por los costados, que se fueron hacia arriba y se unieron, creando algo parecido a un capullo aovado. Algunas otras personas también desaparecieron en esas cabinas. Hacían pensar en sarcófagos hinchados. ¿Qué hacían ahí adentro? Pero cosas así me las iba encontrando a cada paso y trataba de no quedarme mirando con la boca abierta, si se relacionaban directamente conmigo. Era curioso, las personas que se nos quedaban mirando, al enterarse de quiénes éramos, me

resultaban indiferentes. Su estupor me importaba poco y nada, aunque de inmediato me había dado cuenta de que no tenía nada de admiración. Más bien los que nos cuidaban a nosotros eran los que inspiraban repulsa: los trabajadores del Adapt. Seguro, la mayor hacia el doctor Abs, que me trataba como el médico de un pariente anormal, fingiendo –por otro lado, bastante bien– que estaba viéndose justo con alguien completamente normal. Cuando ya no era posible, hacía chistes. Me tenía hartado con su modo de ser, directo y jovial. Si se lo preguntaran (por lo menos eso me parecía) a cualquier transeúnte, consideraría que Olaf o yo éramos parecidos a él –nosotros no les resultábamos tan asombrosos, sí nuestro destino pasado: era inusitado–. En cambio, el doctor Abs, como todos los empleados del Adapt, sabía que de verdad éramos distintos. Esa diferencia no era algo bueno, solo era un obstáculo en la comunicación, en el más simple intercambio de palabras, ¡vamos!, para abrir la puerta, dado que los picaportes habían dejado de existir, no recuerdo si cincuenta o sesenta años atrás.

El despegue fue inesperado. La gravedad no había cambiado para nada, al hermético interior no había llegado ningún sonido, por el techo seguían deslizándose sombras – quizá fuera por la rutina de años, en cierto momento el viejo instinto me dijo que estábamos en el espacio; era una seguridad, no una presunción. Pero me ocupaba otra cosa. Descansaba, semiacostado, con las piernas extendidas, sin moverme. Cedieron a mi capricho con demasiada facilidad. Ni siquiera Oswamm se había opuesto demasiado a mi decisión. Los contraargumentos que expuso él y también Abs no fueron convincentes, hasta yo habría encontrado unos mejores. En lo único que se obstinaron fue en que cada uno de nosotros debía ir en un vuelo diferente. Ni siquiera se tomaron a mal que hubiera rebelado a Olaf (porque él seguramente habría aceptado una estadía más prolongada). Era extraño. Había esperado complicaciones, algo que a último momento imposibilitara mi plan, pero no había pasado nada, estaba volando. Ese último viaje debía durar quince minutos.

Era evidente que aquello que inventé, y también cómo los enfrenté para lograr un viaje prematuro, no los había sorprendido. Una reacción de ese tipo debían tenerla catalogada, era un estereotipo de comportamiento habitual en tipos como yo, con número de orden en sus tablas psicotécnicas. Me dejaron volar: ¿por qué? ¿Porque la experiencia les decía que no me las iba a arreglar? ¿Pero cómo era posible, dado que toda esa escapada “independiente” consistía en volar de un aeropuerto a otro, donde me esperaría alguien del Adapt terrestre, y todo lo que debía lograr era encontrar a esa persona en el lugar convenido?

Pasó algo. Me llegaron voces airadas. Me asomé de la butaca. Unas filas más adelante una mujer había empujado a la azafata, la cual, con un movimiento lento, automático, como a causa de ese empujón –que no había sido tan fuerte–, caminaba entre las butacas, y la mujer repitió: “¡No lo voy a permitir! ¡Que no me toque!”. No veía la cara de la gritona. Su compañero la tironeaba del hombro, le decía algo para tranquilizarla. ¿Qué significaría ese suceso? Otros pasajeros no le habían prestado atención. Una vez más me sentí absolutamente distinto, extraño. Miré desde abajo a la azafata, que se había detenido junto a mí y sonreía como antes. No era una sonrisa puramente externa, obligatoria, que cubría el nerviosismo provocado por el incidente. No fingía calma, de verdad estaba tranquila.

–¿Desea beber algo? ¿Prum, extran, morr, sidr?

Una voz melodiosa. Negué con la cabeza. Quería decirle algo amable, pero lo único que se me ocurrió fue una pregunta estereotipada:

–¿Cuándo aterrizamos?

–Dentro de seis minutos. ¿Quiere comer algo? No tiene que apurarse. Puede quedarse incluso después del aterrizaje.

–No, gracias.

Se alejó. En el aire, justo delante de mi cara, sobre el fondo del respaldo de la butaca de adelante, se encendió un cartel, como

escrito con un cigarrillo prendido: ESTRATO. Me incliné para ver cómo había surgido la inscripción, y me estremecí. El respaldo de la butaca siguió mi espalda y la abrazó elásticamente. Ya sabía que los objetos seguían a cualquier cambio de posición, pero siempre lo olvidaba. No era algo agradable, era como si alguien espicara cada uno de mis movimientos. Quise volver a la posición anterior, por lo visto con demasiada energía. La butaca lo entendió mal y se extendió, casi como una cama. Me levanté. ¡Qué estupidez! Más calma. Por fin pude sentarme. Las letras rosadas del ESTRATO temblaron y fluyeron otras: TERMINAL. Ningún sacudón, advertencia, silbido. Nada. Se oyó un sonido lejano, como la trompeta de un postillón, se abrieron las cuatro puertas ovales que estaban al final de los pasillos, al interior entró un rumor sordo, omni-barcante, como el del mar. Las voces de los pasajeros que iban levantándose se hundieron en él sin rastro. Seguí sentado, ellos salían, filas de siluetas parpadeaban sobre el fondo de las luces exteriores, verdes, lilas, purpúreas –un verdadero baile de máscaras–. Ya habían salido todos. Me puse de pie. Maquinalmente me estiré el pulóver. Me sentía raro sin tener algo en las manos. Por la puerta abierta llegaba un aire más fresco. Me di vuelta. La azafata estaba parada junto al tabique que separaba las secciones, sin tocarlo con la espalda. Sobre su rostro seguía la misma sonrisa alegre, dirigida a las filas de butacas vacías, que lentamente habían comenzado a enrollarse, plegarse, como unas flores carnosas, unas más rápido, otras un poquito más lento –era el único movimiento en ese prolongado rumor que fluía por las aberturas ovales llenándolo todo, y que hacía recordar un mar abierto–. “¡Que no me toque!”. De pronto en su sonrisa encontré algo malo. Desde la salida dije:

–Hasta luego.

–A su servicio.

No comprendí de inmediato el sentido de esas palabras, tan extrañas en los labios de una mujer joven, linda, porque me llegaron cuando ya estaba atravesando la puerta, dándole la espalda. Quise

poner el pie sobre un escalón, pero no había ninguno. Entre la carcasa metálica y el borde del andén había una hendidura de un metro. Perdiendo el equilibrio, no preparado para semejante trampa, di un salto torpe y ya en el aire sentí que desde abajo me sujetaba un torrente de fuerza invisible, de modo que atravesé el vacío y fui blandamente depositado sobre una superficie blanca, que se sometió elásticamente. Mientras volaba, seguro que mi expresión no era demasiado inteligente –sentí varias miradas divertidas, o al menos eso me pareció, me di vuelta rápido y caminé a lo largo del andén–. El vehículo en el cual había venido descansaba en un lecho profundo, separado del borde de los andenes por un vacío sin protección. Como sin querer, me acerqué a ese vacío y de nuevo sentí una tensión invisible, que no me dejó pasar más allá del borde blanco. Quería encontrar la fuente de esa extraña fuerza, pero de pronto, como si hubiera despertado, me di cuenta: estaba en la Tierra.

Me envolvió la oleada de caminantes: me empujaron, caminé hacia adelante en medio del gentío. Pasó un momento antes de que viera la inmensidad de esa sala. Por otro lado, ¿era una sola sala? Nada de paredes: unas increíbles alas, blancas, brillantes, estallando en lo alto, y entre ellas, columnas, construidas con algún material, pero en un movimiento vertiginoso. Corrían hacia arriba enormes chorros de un líquido más denso que el agua, ¿iluminados por dentro mediante reflectores de colores? No, ¿eran túneles de vidrio, verticales, por los cuales volaban hacia lo alto caravanas de vehículos borrosos? Ya no sabía nada. Empujado sin cesar, codeado por multitudes ajetreadas cual hormigas, traté de llegar a algún sitio vacío, pero no había sitios vacíos. Con una cabeza más alta que los demás, podía ver que mi vehículo se alejaba –no, éramos nosotros fluyendo hacia adelante junto con todo el andén–. Desde lo alto brotaban luces, en las cuales la multitud centelleaba e irisaba. Ahora, la superficie sobre la que estábamos apretujados comenzó a ir hacia arriba, y hacia

abajo vi, lejos, unos carriles dobles, blancos, llenos de gente, con negras grietas de vacío a lo largo de los cascós –porque había decenas de naves como la nuestra–, el andén móvil doblaba, aceleraba, entraba a niveles superiores. Agitando, enredando el pelo de los pasajeros con un ventarrón que los atravesaba, como en unos viaductos imposibles, dado que carecían de apoyos, con la velocidad de sombras temblorosas, con fuegos de las luces de señales alargadas en llamaradas; después, la superficie que nos transportaba comenzó a dividirse, bifurcarse a lo largo de costuras imperceptibles, mi carril se deslizaba a través de interiores repletos de gente parada y sentada, los rodeaban muchísimos pequeños relampagueos, como si se entretuvieran en lanzar fuegos artificiales.

No sabía dónde mirar. Delante de mí había un hombre con algo peludo, como un abrigo de piel, que al ser tocado por la luz se tornaba opalescente como el metal. Llevaba del hombro a una mujer envuelta en escarlata. Eso que vestía tenía grandes ojos, como colas de pavorreal, esos ojos parpadeaban. No era una ilusión, de verdad, los ojos de su vestido se abrían y cerraban. La alfombra sobre la que estaba parado junto con esos dos, entre una decena de otras personas, seguía acelerando. Entre superficies de un vidrio blanco-humoso se abrían pasajes iluminados de colores, con techos transparentes, incesantemente pisoteados por centenares de pies del nivel superior, el piso siguiente, el rumor omniabarcante ora se derramaba, ora se concentraba, cuando miles de sonidos y voces humanas, para mí incomprensibles, para ellos significativos, ahogaba el túnel siguiente de ese viaje cuyo destino era desconocido; en lo profundo, en planos más lejanos, el entorno era cosido por ráfagas de no sé qué vehículos que pasaban raudos –quizá volando– porque cada tanto iban en diagonal, hacia arriba o hacia abajo, incrustándose en el espacio, de modo tal que maquinalmente esperaba algún choque espantoso, porque no veía ninguna guía, rieles, si es que eran trencitos aéreos. Cuando esos borrosos

huracanes de velocidad se interrumpían, aunque más no fuera por un momento, detrás de ellos aparecían, majestuosamente lentas, unas superficies enormes, repletas de gente, como paradas voladoras, que se dirigían a diferentes direcciones, se entrecruzaban, se elevaban, parecían atravesarse a causa de la ilusión que daba la perspectiva. Era difícil posar la vista sobre algo inmóvil, porque toda la arquitectura circundante en realidad parecía compuesta únicamente por movimiento, cambios, y hasta eso que antes había tomado por un techo alado, eran solo pisos superpuestos, que ahora les habían dejado lugar a otros, más altos aún. De pronto, filtrado por los techos vidriados de esas columnas misteriosas, reflejado por las superficies plateadas, entró en todos los pliegues del espacio un reflejo purpúreo, pesado, penetró en los interiores de los desvíos, en la fisonomía de los rostros humanos, como si lejos, en alguna parte del corazón de ese edificio de millas enteras, se hubiera encendido un fuego atómico. El verde de los neones que saltaban sin parar se tornó sucio, la lechosidad de los soportes parabólicos se hizo rosada. En esa repentina repleción del aire con esa pelirrojez había algo como el anuncio de una catástrofe, así lo percibí, pero nadie prestó la menor atención a ese cambio, y ni siquiera sabría decir cuándo cesó. En los bordes de nuestro carril aparecían unos círculos verdes que viraban, como unos anillos de neón colgados en el aire, entonces una parte de la gente descendía sobre un ramal de otro carril o rampa; me di cuenta de que las líneas verdes de esas luces se podían atravesar sin problemas, como si no fueran materiales.

Durante cierto tiempo me dejé elevar, sin oponerme, por el carril blanco, hasta que se me ocurrió que a lo mejor ya estaría fuera de la terminal, y que ese increíble paisaje de vidrios plegados, que continuamente parecía a punto de emprender vuelo, ya sería la ciudad, y aquello que había dejado existía solo en mi memoria.

–Disculpe –le toqué el hombro al señor con tapado de piel–. ¿Dónde estamos?

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA